

6. Idea que de la mujer se formaron los germanos.

—Nada hay en esto que pueda causarnos extrañeza, nada de que podamos quejarnos: no hay más que justicia y razón, por que por las cosas en que uno peca, por las mismas es también atormentado. ⁽¹⁾ Si el hombre ha seducido á la mujer, ella es la que debe castigarlo. ¿Quiere, por el contrario, ver á la mujer en el lugar que le corresponde? No tiene mas que secundar lealmente la única doctrina y la única fuerza que, entre todas las doctrinas y entre todas las fuerzas civilizadoras, han dado á la mujer la verdadera condición que le ha sido asignada por la naturaleza; este honor toca sola y exclusivamente al Cristianismo.

Un sentimiento mal fundado de orgullo nacional se ha complacido en quitar ese honor al Cristianismo para atribuir al espíritu moderno, y particularmente á los germanos, el mérito de haber levantado á la mujer de la humillación á que le habían hecho descender los antiguos. ¡Gran injusticia! Hemos demostrado ya muchas veces que no fué tan grande como se piensa ese pretendido respeto de que gozaba el sexo débil entre los germanos, y que descansaba únicamente en ciertas consideraciones políticas y en un terror supersticioso. Es verdad que en el derecho alemán y bávaro, se paga un doble «wergeld» por la ofensa hecha á la mujer, porque, no teniendo quien las defienda, tienen derecho á doble protección, y pierden ese derecho en el momento en que recurren á las armas de los hombre. Puede probarse fácilmente que ese pensamiento no es de origen pagano; es idea cristiana. Por el contrario, lo que es verdaderamente alemán es la costumbre análoga, que existe en el derecho ripuario y casi en todos los Estados, de pagar una multa á lo menos doble de la del hombre para una joven ó para una mujer, mientras es capaz de tener hijos. Más tarde, la multa es igual á la del hombre; lo que demuestra claramente que no se hacia así por la mujer misma, sino por la esperanza del Estado en los ciudada-

(1) Sabiduría XI, 17.

nos futuros. ⁽¹⁾ Por eso los indos castigan con más rigor el asesinato de una mujer que el de un hombre, estimando su valor, según el trabajo que le encomienda y según la esperanza que tiene de que le dé hijos. ⁽²⁾ Luego no son directamente para ella todas las señales de respeto que se le dan; y sería muy grande su error, si atribuyese á su persona todos los honores que se le rinden. Así se dice del lugareño francés que exime de todo trabajo á la hija joven para que pueda conservar la delicadeza de su tez, y que la engancha á un carro apenas ha llegado á ser madre. ⁽³⁾

7. Doctrina sobrenatural del Cristianismo sobre la mujer.

—Así, pues, el Cristianismo tiene que temer muy poco la competencia en esta materia. Si se busca el respeto á la mujer, esto es, el verdadero respeto que no la envilece, sólo se le encuentra en el seno de la Revelación sobrenatural.

En los tiempos antiguos, sólo el judaísmo guardó respeto á la mujer; en los tiempos modernos es sólo el Cristianismo; el primero lo guardó á medias; el segundo enteramente. «Dios, dice el acta santa y auténtica que poseemos sobre los primeros comienzos del género humano, creó primero el hombre solo; pero todo lo que había hecho Dios hasta entonces era bueno; y no era bueno que estuviese el hombre solo; entonces creó Dios una compañera semejante á él». ⁽⁴⁾ Tres verdades se expresan en estas palabras: Primera, que no debe al hombre llevar su orgullo hasta decir que se basta á sí mismo. Segunda, que por necesidad debe reconocer en la mujer una compañera de su vida. Tercera, que, á su vez, debe saber que la mujer fué creada para ayuda y sostén del hombre. No es ella de naturaleza inferior ni superior á la del hombre, sino semejante á él; ha sido sacada de su misma naturaleza;

(1) Grimm, *Deutsche Rechtsalterth.*, 404; Ruckert, *Culturgeschichte*, I, 104. Pfahler *Geschichte der Deutschen*, I, 51 y sig.

(2) Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, III, 100 y sig.

(3) Rossbach, *Geist der Geschichte*, II, 395.

(4) Génesis, II, 18.

«es hueso de sus huesos y carne de su carne»,⁽¹⁾ y aunque sea más débil, ha sido, en todo caso, «creada á imagen de Dios». ⁽²⁾ Como el hombre, ha recibido también en herencia la razón, la conciencia y la libertad. Además, bendijo Dios al hombre en el momento en que crió á la mujer. ⁽³⁾ No pronunció ninguna palabra de elogio ni sobre el uno ni sobre la otra, porque eran libres, y ante todo debían perfeccionarse sirviéndose de sus propias fuerzas. Los bendijo; no bendijo sólo á una de las partes en particular, sino á las dos y al mismo tiempo. ⁽⁴⁾

Nada ha cambiado el pecado original en estas relaciones establecidas por Dios. Ciertamente la mujer cayó la primera, pero la avasalló el seductor, porque era la parte más débil. ⁽⁵⁾

No sólo cayó ella, fué también instrumento de seducción; también cayó el hombre; y como era más fuerte, y como violaba las más grandes obligaciones que tenía para consigo mismo y para con su mujer, se aumentó tanto más su responsabilidad, cuanto que era superior su falta á la falta de la mujer. ⁽⁶⁾ Por eso no tiene derecho el hombre para oprimir á la mujer, invocando la caída como razón de esa opresión. Debiera más bien callarse en un hecho en que tiene culpabilidad personal y que ciertamente no le honra mucho.

Los dos han participado por igual de la gracia de la Redención, aunque ni el uno ni la otra tenían derecho alguno. Tiene, sí, la mujer mayores motivos para dar gracias, porque, antes de la Redención, era mayor la opresión en que gemía. Antes, apenas si se la contaba como parte de la humanidad; ahora no es el hombre el que vale, no es la mujer la que vale, valen los dos «formando una sola

(1) Génesis, II, 23. S. Agustín, *Civ. Dei*, 12, 27, 1. Sto. Tomás, 1, q. 92, a. 2.

(2) S. Agustín, *Genes. ad Lit.*, 11, 42, 58. Sto. Tomás, 1, q. 93, a. 4, ad 1.

(3) Génesis, I, 28.

(4) S. Ambrosio, *Institut. virg.*, 3, 16, 17, 22.

(5) S. Agustín, *Civ. Dei*, 14, 11, 2.

(6) Sto. Tomás, 2, 2, q. 163, a. 4.

persona en Jesucristo». ⁽¹⁾ Los dos son llamados á un mismo fin perfecto y bienaventurado: los dos tienen la misma gracia que les hace posible el acceso á esas dos cumbres; en fin, tienen los dos los mismos motivos para gloriarse, el hombre, de que haya tomado Dios su misma naturaleza, y la mujer, de habérsela dado ella en la persona de la Madre de Dios. ⁽²⁾

8. Culto tributado á María y honor rendido á la mujer.—Con estas consideraciones, hemos llegado á la verdadera razón, á la razón profundísima que explica el por qué del respeto y de la veneración en que se tiene en el Cristianismo á la mujer. Se ve aquí el mismo fenómeno que hemos comprobado siempre. Debía manifestarse ahora en todo su esplendor el orden sobrenatural, para que aprendiese el hombre á conocer su naturaleza sin prejuicios. Sólo por el culto de María se explica el gran respeto con que ha rodeado el Cristianismo á la mujer. No hay duda que, aun sin esta consideración, hubiera encontrado en él la mujer miramientos y piedad, porque es la parte más débil por naturaleza, y la hirió profundamente el pecado; pero los miramientos y la piedad no son el respeto. El respeto cristiano que se tiene á la mujer es algo más que una condescendencia compasiva y algo más que un miramiento lleno de misericordia; podemos probarlo por la severidad con que con frecuencia la tratan los Doctores cristianos. Más de una vez han llamado la atención los juicios severos que han formado sobre las faltas del sexo femenino. ¿Deberá verse en esta conducta una señal del valor que la Revelación ha dado á la mujer? Sin duda; y no sólo una señal de gran valor, sino una señal de confianza y de respeto. Cuando se quiere rebajar á la mujer hasta el extremo de hacer de ella un fácil instrumento de sensualidad, se la adula con dulzura que revuelve el estómago, se divinizan sus defectos. Por consideración ó amor ciego, todo se sufre con un enfermo atacado de enfermedad in-

(1) Galatas, III, 28.

(2) S. Agustín, *S.* 190, 2.

curable, y nada hay que uno no haga para conservar una joya que tiene en mucha estima. Pero el espíritu cristiano no considera á la mujer ni como enferma incurable, ni como joya, ni como instrumento de placer sensual.

Enseña que se tengan para ella nobles y fuertes sentimientos, que se la respete, y que se vele con cuidado por su honor. Y en todo esto es sincera su intención. Por eso se muestra tan severo y tan solícito de que se haga la mujer digna del honor que quiere conferirle. Cuanto más la ha elevado de su nivel natural el Cristianismo, tanto más derecho tiene á decirle la verdad, y á indicarle el magnífico fin hacia el cual debe elevarse, exhortándola á corregir sus defectos naturales, que no son pequeños por cierto. De esta manera la hace participar del honor y de la dignidad de Aquélla, que es el más bello ornamento del sexo femenino, la Madre de Gracia, la Reina de todos los redimidos. Mas para tener derecho á participar de su honor, cada una y todas las mujeres deben participar de sus virtudes predilectas. Así, la primera orden que da la Iglesia á la mujer, es que vaya á la Escuela de María, la Madre del Señor, el espejo de todas las virtudes, ⁽¹⁾ para aprender en ella las verdaderas virtudes de la mujer. ⁽²⁾ Sólo así puede reivindicar para sí participación en el honor que conquistó María para su sexo. En la persona de María tienen magnífico modelo todas las mujeres; y suponiendo que hagan todos los esfuerzos para imitarla, encontrarán en ella la razón del respeto que les concede el Cristianismo. ⁽³⁾

9. Deferencias de la Caballería para con la mujer.

—Es el único punto de vista en que hay que colocarse para juzgar rectamente el obsequioso servicio prestado á las mujeres en la Edad Media cristiana. Se han emitido en esto las más diversas opiniones que han servido de tema á toda clase de acusaciones contra el Cristianismo. El Cristianismo, dicen unos, no tiene que ver nada con el respeto de

(1) S. Ambrosio, *De virginibus*, 1, 2, 15.

(2) Id.; S. Lucas, II, 8; S. Agustín, *S.* 51, 18.

(3) Cfr. S. Agustín, *Sanct. virginit.*, 5.

que se rodeó á la mujer en la Edad Media; á lo más, lo aprendió de los germanos. ⁽¹⁾ Pero ya sabemos á que aternos en cuanto á las cualidades con que se ha querido favorecer á los germanos; poco tenemos que aprender por esta parte.

Pretenden otros que el obsequioso servicio prestado á la mujer en la Edad Media, no sólo no tiene nada de común con la pretendida estimación en que á esa porción de la humanidad tenían los germanos, sino que está en la más completa oposición con ella. Es más bien derivación de la galantería sensual de la Francia meridional, galantería con la cual es incompatible el gran respeto germánico con relación á las mujeres. ⁽²⁾ Pero tan falsa como la primera es esta segunda afirmación.

En la Edad Media y en tiempo de la Caballería, exceptuando el mundo de los romanos, había tan pocos ángeles puros y demonios puros como en otros tiempos. En todo tiempo han estado mezclados el buen grano y la cizaña; siempre y en todas partes se han encontrado en extraña barahunda atravesando las mismas calles, han vestido los mismos trajes, y se han codeado en las mismas solemnidades los habitantes de Babilonia y los de la ciudad de Dios. En ninguna parte aparece más esta confusión que en la Caballería de la Edad Media. Aquí, lo que inmediatamente llama la atención es una ternura y una elevación de sentimientos admirables al lado de la barbarie más grosera. El Evangelio de la Caballería, el magnífico Parcival del gran Wolfran de Eschenbach, ha pintado esto de manera incomparable; pero poniéndonos delante y á la par esa marcha de la Caballería cristiana y de la Caballería profana, nos da al mismo tiempo indicios que nos permiten penetrar en ese dédalo aparente. No puede dudarse un solo momento de que el ideal de la Caballería decadente fué en realidad la galantería hacia las mujeres en su peor forma; por eso la hemos descrito ya anteriormente. Pero también debemos

(1) Joh. Scherr, *Deutsche Cultur und Sittengeschichte*, (6) 64.

(2) Holtzmann, *Germanische Alterth.*, 169.

creer á Parcival cuando nos dice que era muy distinto el ideal de la Caballería cristiana.

En otro tiempo, en la decadencia de la Caballería, Parcival y Gamuret sufrieron y combatieron por el amor puramente sensual. ⁽¹⁾ Mas cuando encontró mejor camino, combatió por el santo Graal, y lo que él hizo, lo hicieron todos los caballeros cristianos. Feirefiss dice lo mismo:

«Las riquezas y el amor
Lejos de mi pensamiento.
Me lanzaré á la pelea,
Por san Graal combatiendo,
Mas nunca por las mujeres;
Mi corazón hace tiempo
Lo destrozó de ellas una;
Pero rencor no conservo.
Y nunca más volveré
Á hacer lo que hacer no debo». ⁽²⁾

Ved un noble y mesurado lenguaje; y cumplió fielmente la promesa:

«Juntas la castidad y fortaleza,
Obediente al deber, más de una lanza
Rompió honrando á Graal con gentileza
Pero no á las mujeres...» ⁽³⁾

Así, pues, no renuncia uno al servicio de las mujeres, porque se consagre á la Caballería cristiana; pero el culto cristiano de la mujer no tuvo desde luego por ideal la belleza sensible; se contentó con rendir homenaje á su dignidad verdadera y á su valor real: y ese valor y esa dignidad no los encuentra en su semblante; están en su corazón.

«¿Piensa como mujer y obra lo mismo?
Su pecho seductor, su hermosa cara
No me causan temor; interiormente
Está su corazón muy bien guardado;
Faltan para alabarla las palabras». ⁽⁴⁾

En segundo lugar, por su juramento se consagra el ca-

(1) *Parcival*, 179, 24 (Bartsch 4, 12).

(2) *Íd.*, 829, 14 y sig. (*Íd.* 16, 1004).

(3) *Íd.*, 823, 24 y sig. (*Íd.* 16, 1104 y sig.).

(4) *Íd.*, 3, 20 y sig. (*Íd.* 1, 80 y sig.).

ballero al servicio y á la defensa de los débiles. De ahí viene que se considere obligado al servicio de la mujer, y que no desee este servicio para sí mismo; lo que quiere es consagrarse á la defensa de su virtud que pelagra y de sus derechos lastimados: ⁽¹⁾

«Noble caballero, ten siempre los ojos fijos en la grandeza de tu dignidad,
Y cubre tu vida con el vestido del honor,
Porque á ti se han confiado el honor y la gloria.
Hazte digno del escudo que embrazas y muestra que tu espada está bendita.
Sé el amparo de la paz en los campos, en los bosques y en los caminos.
Á tu solo aspecto, tiemble de miedo la injusticia;
Tu único tesoro sean el valor y la mansedumbre;
Da con gusto ayuda á la viuda y al huérfano.
Lucha aquí por la gloria, y allí por el descanso,
Y obra de tal manera que, en lo tocante al honor,
Jamás se te considere como un necesitado.
Pelea libremente las batallas de la virtud
Y que siempre te vean digno en el servicio de las damas.
Conserva bien alta la fe jurada de caballero
Para que de ti se enorgullezcan las señoras nobles.
Que de tu cuello, como cadena, pendan
La verdad, la castidad y el pudor.
Practícalo todo esto como verdadero caballero;
Y llegarán un día en que el precio de tu valor,
Tu gloria, descansará en el lecho del honor. ⁽²⁾

Pero, en tercer lugar, entre todas estas consideraciones naturales queda siempre al caballero la sutil agudeza de su pensamiento vuelto hacia Aquélla á quien hizo voto de todo su entusiasmo, la Santísima Madre de Dios; lleva un nombre muy breve bajo el cual se sienten honrados todos; se llama Nuestra Señora; su honor es el honor más puro, su servicio el verdadero servicio de la mujer. Es conmovedor ver como la Caballería cristiana ha considerado siempre como grito de guerra, al cual no puede resistir ningún hombre de honor, el llamamiento al deber de defender su nombre. En vano agota el poeta todos los motivos para hacer revivir el entusiasmo que se perece, y lanzar una

(1) Meiszner, 17, 10 (Hagen, *Minnesinger*, III, 107). Singuf. 1 (Hagen, III, 49).

(2) Boppe, 1, 18 (Hagen, *Minnesinger*, II, 381).

nueva Cruzada á libertar el sepulcro de Cristo. Le queda el último, lo expone y su efecto es decisivo:

«Dejad, dejad en paz cruz y sepulcro;
Llegaron en su lengua los paganos
Á negar de la Virgen la pureza.
¡Ay! desgraciado el que ante tal palabra
No se mueve, ¡qué corriente arrastra
Su corazón?»... (1)

De esta pura fuente ha brotado y brota aún el verdadero servicio cristiano de la mujer. Un día, un hijo ilustre de un caballero, el dulce Enrique Susón, una de las más imponentes figuras de la Edad Media, caminaba atravesando los campos; al pasar un arroyo por estrecho puente, se encontró frente á frente con una pobre y honrada mujer; iba á desviarse ella para dejarle libre el paso, cuando se adelantó él y entró en la corriente. Sorprendida la mujer, le dirigió estas palabras. «¿Qué habéis hecho, Señor? ¿Qué significa eso? ¿Cómo puede ser que vos, señor y sacerdote honorable, os desviéis con tanta humildad ante mí, que no soy más que una pobre mujer? ¿No hubiera sido más justo que os hubiera cedido yo el paso?» Respondió Susón: «Señora, tengo costumbre de guardar toda consideración y todo respeto á todas las mujeres por amor á la tierna Madre de Dios». Levantó la pobre los ojos al cielo, y respondió inmediatamente: «Ojalá os conceda la Santísima Virgen la gracia de no morir nunca, y concederos además algo de esa gracia particular, que honráis en las pobres mujeres». Y añadió él: «Venga en mi favor, por esto, la purísima Virgen del cielo». (2)

10. Los santos y las delicadezas de la vida de familia.—Cierto es que prodríamos desafiar al mundo entero á que presentase un ejemplo de respeto tierno y puro hacia la mujer tal cual nos lo ofrece un santo de la Iglesia Católica. En general, tenemos que acudir á los santos, si queremos encontrar verdadera ternura, manifestación

(1) Joanns Dorf, 4, 2. (Hagen, *Minnesinger*, I, 323).
(2) *Seuse, Leben*, 20. (Denifle, 72 y sig.)

sincera de dulce y noble amor hacia la carne y la sangre. No somos insensibles á las bellas efusiones que deja escapar Sófocles del corazón de Antígona y de Electra; pero deseáramos que no fueran esos los únicos ejemplos que produjo la antigüedad. En todo caso, no hacemos ninguna injusticia á los antiguos, diciendo que hallamos en nuestros santos belleza incomparablemente mayor. Con frecuencia se ha hablado de la escena admirable de la separación de Santa Isabel y su esposo. (1) Conocido de todos es el tierno dolor de San Luís al tener noticia de la muerte de su madre; (2) por eso no insistiremos más. Menos conocía el mundo el corazón tan grande como tierno de otra santa, la noble Matilde nieta del gran Witickind, y viuda de Enrique el Cazador. Su corazón era fuerte; en aquel difícil período, en aquel tiempo de prueba en que tantos males hacía su hijo Otón el Grande, soportó todos los agravios con sublime valor, y fué el apoyo de todos los que como ella, deploraban aquellos extravíos; (3) mas unía á aquella energía de carácter una ternura tal, que arrebató á todo el mundo de entusiasmo sublime y enajenadora admiración.

Había dado ya elocuente testimonio de aquella ternura á la muerte su hijo menor, Enrique, duque de Baviera. (4) Sin embargo, se revelaron su valor y su corazón con una belleza que excede á toda ponderación, cuando en esta vida dió su postrer adiós á su hijo el valiente Otón. Había llegado de Roma el Emperador para verla por última vez; había reunido ella en Colonia á todos sus hijos en derredor suyo; á Otón, el poderoso dominador del mundo, al arzobispo Brun, y á la reina Gerbira. Llegó de Utrecht el anciano Baudry, preceptor de Brun, para tener la dicha de verla por última vez. Bendijo á Matilde, y le dirigió

(1) *Leben der heiligen Elisabeth*, 4393 y sig. (Rieger, 187 y sig.). Nach Dietrich von Apolda, 6, 3.

(2) Joinville, 2, 25, 224. (Bolland), Guillermo de Nangis, *Anales del reinado de S. Luís*, 1761, 223 y sig.

(3) *Vida de Sta. Matilde*, 3, 14 (Boland, Palmé, Marzo II, 358).

(4) *Íd.*, *íd.*, 4, 19 (359).